

España también fue evangelizada

Nuestras iglesias españolas cuentan con dificultades objetivas y psicológicas para entender un planteamiento evidente: España también necesitó ser especializada. Para la mayoría de los bautizados el cristianismo resulta algo tan evidente que no es fácil imaginarse una situación en la que en España no existía la Iglesia. Junto a ello, el hecho de que España haya sido evangelizadora, particularmente en Latinoamérica, tampoco facilita la recuperación de los orígenes.

Desde ahí no entra en el campo de lo pensable que a España hayan llegado misioneros venidos de fuera. Los datos de la historia, sin embargo, obligan a cambiar la perspectiva: cada una de nuestras iglesias accederá a la raíz de su autoconciencia misionera si se da cuenta de que ha surgido sin una base humana o natural preexistente, de que existe porque un extranjero vino de fuera sembrando una semilla nueva, evangelizadora.

Los orígenes de la evangelización en España

Según datan las crónicas del momento, diversos pueblos germánicos cruzaron la frontera del Rin la última noche del año 406, haciéndose presentes en la península Ibérica a comienzos del siglo V. Hispania formaba parte del Imperio romano occidental y en ella - como en todas las tierras del Imperio - el cristianismo católico era la religión oficial, desde la promulgación oficial por Teodosio el Grande de la constitución *Chunchos Populos* (28.2.380). A la llegada de estas gentes, la población hispanorromana aparece como católica, al menos desde el punto de vista de la legalidad vigente. Ahora bien, esta teórica uniformidad religiosa necesita matizarse.

1. Aunque no existen excesivos datos, *tres son las tradiciones independientes sobre el origen del cristianismo en Hispania*: las que se refieren a la predicación de Santiago el Mayor; la venida de san Pablo, según su deseo expreso de viajar hasta estas tierras (Rom 15,24 y 15,28); y las enmarcadas en torno a la constitución de los Siete Varones Apostólicos. La crítica actual ha sido muy reacia a contemplarlas.

Sin embargo, la más fiable sería la doble presencia del Apóstol de los Gentiles. De hecho - más allá del intento apologético - la presencia de Pablo en España aparece en textos muy antiguos y dignos de atención: ya a finales del siglo I Clemente de Roma lo afirma (Ad. Cor. V, 5, 7); el denominado Fragmento

muratoriano, redactado en Roma a mediados del siglo II, narra simultáneamente el martirio de Pedro y el viaje de Pablo a España; igualmente, por estas fechas, cuando Ireneo de Lyon describe la amplitud católica que están alcanzando las iglesias, menciona también al pueblo “ibérico” (Adv. Hacer. I, 10,2).

2. Bien es cierto que entre los historiadores no aparece una interpretación unánime. A nuestro juicio, lo que hoy llamaríamos acción misionera vino propiciada por soldados y mercaderes de procedencia romana, evangelizadores anónimos que fueron compartiendo su nueva fe con personas de la península, ello lo hicieron principalmente en torno al Levante.

Cuando fueron edificándose comunidades significativas, éstas recurrían a las iglesias africanas, con las que existan fuertes vínculos, aspecto que parece desprenderse de algunos datos: por un lado, la Carta 67 de san Cipriano, cuando - ante la apostasía de los obispos Basíledes y Marcial, durante la persecución de Decio - acuden a Cartago como iglesia-madre y ésta dictamina su deposición, contra la práctica de Roma y en favor de la costumbre africana; y, por otro, el influjo que algún investigador detecta en ciertos aspectos del concilio de Elvira desde la influencia de Tertuliano y Cipriano.

3. Lo evidente es que pronto se constata una red comunitaria cristiana significativa, pues aparece una organización metropolitana de la iglesia española: atendiendo al concilio de Elvira, de principios del siglo IV, el cristianismo peninsular parece ser todavía sustancialmente de asentamiento urbano. Ahora bien, cuando se celebró el concilio I de Zaragoza (año 380) las cosas habían cambiado, pues el canon 2 muestra cómo no era rara la celebración de reuniones cristianas fuera del ámbito de las tradicionales basílicas urbanas, en el seno de las grandes *villas* dispersas por espacios rurales.

El enigma de la evangelización en la España visigoda

Resulta difícil valorar un hecho que marcará toda la historia subsiguiente y que adquirirá exceso de interpretación hasta nuestros días: *la conversión del rey godo Recadero* (año 587); y, con ello, la conversión arriana a la fe católica en la península. Debido a este exceso, conviene ponerse en guardia frente a las simplificaciones, tanto apologéticas como polémicas.

A partir de ahí, tiende a confundirse lo que podría denominarse “conversión continuada” con cristianización de todo el pueblo, que suele fecharse en el año 587, a raíz de la celebración del concilio toledano III. La conversión de Recadero inicia una *relación íntima entre la Iglesia y Estado*. Respecto a esto, parecen

exageradas las posturas extremas que consideran tanto que la Iglesia visigoda estuvo dirigida y gobernada por los monarcas como el calificativo de gobierno teocrático (queriendo designar con ello que la Iglesia tuviese las riendas del gobierno, de la vida política y jurídica del Estado).

Ahora bien, negados os extremos, sí conviene dejar clara una actitud mostrada entre Iglesia y Estado: *ambos se apoyaron mutuamente*. Bien es cierto que resulta difícil interpretarlo desde nuestras categorías y también que ha de situarse dentro de aquel contexto; pero no ha de negarse que - a la larga y fruto de una delicada precomprensión de cristiandad - condujo a la Iglesia a sentirse instalada en un momento histórico, ahilándose así los dinamismos más específicos de la misión evangelizadora.

Cabe mantener que *la evangelización en la época visigoda aparece como un enigma*. Las comunidades eclesiales hispanas pasaron de un florecimiento inicial a un posterior desdibujamiento en aras de los organismos y de la clericalización, con un rápido olvido misionero. La pervivencia pagana no fue estímulo, como tampoco lo fue la salida al mundo rural ni la formación cristiana entre las numerosas parroquias e iglesias propias la misma valoración cabe hacer respecto al arte.

Las encrucijadas históricas nunca vienen resueltas a priori; pero la opción de maridaje político que el episcopado visigodo tomó se muestra posteriormente inadecuada en vistas al dinamismo evangelizador. La historia se ha encargado de *idealizar aquella época y presentarla como paradigma de cristiandad*, alargando (tras el paréntesis de las invasiones musulmanes) hasta el declive de la Edad Media.